

Relaciones socialistas: una tarea inconclusa*

En esta obra Trotsky nos presenta los problemas por los que atraviesa la familia monogámica, la solución que intentaron darle los revolucionarios de Octubre y el posterior retroceso que en ese campo fundamental trajo la burocracia estaliniana.

Una revolución socialista que no supera sustantivamente las condiciones de la mujer y el niño, que no los libera de las agobiantes tareas de la prisión doméstica, que no socializa la alimentación y el cuidado de los niños, que no enriquece las vidas individuales de millones de seres sometidos a los más humillantes trabajos, difícilmente puede llevar tal nombre.

En estos escritos puede verse cierta perplejidad aunada a un extraordinario tacto de los revolucionarios, al toparse con un santuario: la familia, que constituye a fin de cuentas uno de los reductos más conservadores del *status* de una sociedad, así sea una sociedad en pleno proceso revolucionario.

El nuevo régimen, nos indica Bronstein, no se contentó con darle a la mujer los mismos derechos jurídicos y políticos que al hombre, sino que hizo —lo que es mucho más— todo lo que podía, y en todo caso, infinitamente más que cualquier régimen capitalista para darle realmente acceso a todos los dominios culturales y económicos. La revolución trató de destruir el antiguo «hogar familiar» corrompido que condena a la mujer de las clases laboriosas a los trabajos forzados desde la infancia hasta su muerte. La familia, considerada como una pequeña empresa cerrada, debía ser substituida, en la intención de los revolucionarios, por un sistema acabado de servicios sociales. La absorción completa de las funciones económicas de la familia por la sociedad socialista, al unir a toda una generación por la solidaridad y la asistencia mutua, debía proporcionar a la mujer, y en consecuencia a la pareja, una verdadera emancipación del yu-

go secular. De allí la importancia de observar las modificaciones al estatuto de la familia de la URSS puesto que caracteriza perfectamente la naturaleza de la sociedad soviética y la evolución de sus capas dirigentes.

Los audaces y profundos cambios que los revolucionarios intentaron llevar a cabo se encontraron a poco de iniciados con que no fue posible tomar por asalto a la antigua familia, no por falta de buena voluntad tampoco porque la familia estuviera firmemente asentada en los corazones. Por el contrario, después de un corto periodo de desconfianza hacia el Estado y sus casas-cuna, sus jardines de niños y sus diversos establecimientos, los obreros y, después de ellos, los campesinos más avanzados, apreciaron las inmensas ventajas de la educación colectiva y de la socialización de la economía familiar. Por desgracia, la sociedad fue demasiado pobre y demasiado poco civilizada. Los recursos reales del Estado no correspondían a los planes y a las intenciones del partido comunista. La familia no puede ser abolida: hay que reemplazarla. La emancipación verdadera de la mujer es imposible en el terreno de la «miseria socializada». La experiencia reveló, nos dice León Davidovich, bien pronto esta dura verdad, formulada 80 años atrás por Marx.

La rehabilitación solemne de la familia que se llevó a cabo en el periodo estaliniano, ha sido una consecuencia de la insuficiencia material y cultural del

Estado. En lugar de decir, escribe Trotsky—: aún somos demasiado indigentes y demasiado incultos para establecer relaciones socialistas entre los hombres, nuestros hijos los harán; los jefes del régimen recogen los trastos rotos de la familia e imponen, bajo la amenaza de los peores rigores, el dogma de la familia, fundamento sagrado del «socialismo triunfante». Se mide con pena la profundidad de este retroceso dice Trotsky, y agrega que el retroceso reviste formas de una hipocresía desalentadora y va mucho más lejos de lo que exige la dura necesidad económica. A las razones objetivas de regreso a las normas burguesas, tales como el pago de pensiones alimenticias, se agrega el interés social de los medios dirigentes en enraizar el derecho burgués. El motivo más imperioso del culto actual de la familia es, sin duda alguna, la necesidad que tiene la burocracia de una jerarquía disciplinada por 40 millones de hogares que sirven de apoyo a la autoridad y al poder (1933).

La historia nos enseña muchas cosas sobre la esclavización de la mujer por el hombre, sobre la de ambos por el explotador, y sobre los esfuerzos de los trabajadores que, tratando de sacudir el yugo al precio de su sangre, en realidad no logran más que cambiar de cadenas.

La historia, en definitiva, no dice otra cosa; nos faltan ejemplos positivos, sobre la manera de liberar efectivamente al niño, a la mujer y al hombre. Toda la experiencia del pasado es nega-

* León Trotsky. LA MUJER Y LA FAMILIA, Juan Pablos Editor, México, 1974, 97 pp.

tiva e inspira desconfianza a los trabajadores, hacia los tutores privilegiados e incontrolados, termina Bronstein.

Cabe aclarar que el criterio para medir los avances del socialismo en este terreno, no puede ser retrospectivo, ni referirse a la situación que prevalece en este terreno en los países capitalistas —aún los más avanzados, sino que tiene que partir del hecho de que se construye una nueva sociedad— y por ello esta crítica puede parecer enérgica. Pero pensamos sobre todo que Trotsky se refiere a la década de los 30, en la Unión Soviética y específicamente a las reformas conservadoras introduci-

das en la legislación sobre la familia, que para el objetivo de los revolucionarios de octubre no podían ser sino un grave retroceso social y político en la destrucción de las jerarquías conservadoras. Por otra parte, China y la propia Cuba y Vietnam recientemente parecen haber ido mucho más lejos en cuanto a la liberación de la mujer trabajadora, aun cuando sus recursos económicos son más modestos. La pregunta es hoy más pertinente que antes (sin negar los avances que pese a la burocracia se han logrado): ¿Qué ha sido de las relaciones socialistas en el seno de la familia? IGNACIO CEPEDA FLORES.